

ETICA DEL DEBER Y ETICA DEL AMOR Giuseppe Saragat, o la vocación de la libertad

Ama et fac quod vis.
Ama y haz lo que quieras.
(San Agustín.)

SE podría preguntar: La moral cristiana ¿es una moral del «deber» o es una moral del «amor»? ¿Qué es lo que manda la religión cristiana? En nuestra opinión ambas cosas, todo es cuestión de jerarquía de valores, y si no cabe duda que la «justicia» es un valor, todos estamos de acuerdo en que es el deber primario y más elemental, el de hacer justicia. Pero como dice muy bien Aristóteles en su «Ética a Nicómaco», antes de la existencia del Cristianismo, la justicia no basta, hombres que fuesen justos necesitarían aún amarse; la justicia es el «*minimium ethicum*» sin el cual no puede vivir una sociedad humana que sea merecedora de tal nombre. Claro es que a través de los tiempos se ha llamado justicia a muchas cosas que no lo son, pues la imperfección y la limitación humana, que incluyen el egoísmo, el miedo, el afán de poder, o de lucro, etc., etc., han llevado a los hombres por el mal camino y sólo lentamente, a través de los siglos, va el hombre ascendiendo, en un caminar eterno hacia la perfección, nunca lograda.

La historia, el acontecer histórico, es algo que posee, como nota esencial, la «perspectiva». Cosas, acciones, que a nuestros antepasados les parecían justas y loables, no las resiste la conciencia moderna, pero apenas aún si estamos empezando esta vía dolorosa hacia la perfección soñada y nunca conseguida. No queremos señalar cosas y actos que en tiempos pretéritos han pasado por loables y justos y que hoy sabemos, de seguro, que no lo eran; evitaremos de este modo herir susceptibilidades, ya que nos hemos propuesto como lema, en este modesto trabajo, el «amor» que siempre perdona; pues si nosotros no perdonásemos, ¿quién nos perdonaría a nosotros? Estamos con esto en el centro de la «caridad» cristiana. En la ética del «Amor».

Este gran Papa, que fué Juan XXIII, ha abierto una época en la historia de la Humanidad y en la historia de la Iglesia. A partir de ahora los «adversarios» religiosos, incluidos los escépticos y los ateos, no serán mirados por nosotros como «enemigos», sino como hombres que necesitan nuestro amor y comprensión, pues no cabe duda que el hombre que no es creyente lo será por algo, y ese algo no ha de ser, necesariamente, una mala voluntad. Es muy cómodo suponer siempre mala voluntad en los que discrepan de nosotros. Y si en vez de insultos y persecuciones somos capaces de encontrar un diálogo cordial y amo-

roso con el que discrepa es seguro que éste, a su vez, nos responderá en la misma forma. No se trata de defender el ateísmo y la incredulidad, las cosas claras, pero si intentar comprender al ateo o incrédulo en su mundo espiritual. La llave que ha de abrirnos esa puerta es el amor. Paulo VI, el digno sucesor de Juan XXIII, ha visitado países que no sólo no son católicos, sino que ni siquiera son cristianos, y en ellos ha encontrado afecto y simpatía. ¿Qué logos estamos de las guerras de religión, de la idea de cruzada y de tantas inquisiciones! Se inicia una época histórica en la cual la Iglesia Católica no tendrá enemigos porque tampoco ella será enemiga de nadie sino madre amante de todos. ¿Quién podría sospechar, hace muy pocos años, en este cambio que,

como hemos dicho, ubre una época nueva en la historia! El movimiento mundial que bajo el lema «por un mundo mejor», acaudillaba el inolvidable padre Lombardi tiene por uno de sus objetivos el borrar del diccionario la palabra «enemigo». La Iglesia de Paulo VI lo está consiguiendo. Disidentes habrá siempre, mientras existan hombres en el mundo, pero «enemigos» no. Desde luego en España, como un país subdesarrollado que es, no sólo en lo económico, sino también en lo cultural, en lo político y en lo religioso, existen bastantes personas a las que les va a costar trabajo ponerse de acuerdo con la nueva situación, pero todo llegará, la fuerza divina del Amor es incontrastable y con ella contamos. ALEJANDRO DIEZ BLANCO

NO me interesa para nada entrar ahora en la descripción y valoración de las pasadas elecciones presidenciales italianas. Han sido un bastante triste espectáculo de forcejeo, desunión, intereses partidistas y consignas exteriores. Por añadidura han llevado al descrédito y a una crisis total al partido mayoritario, la democracia cristiana, que, de la noche a la mañana, puede pasar a ocupar en el país el papel secundario y muy poco eficiente de su homónimo, el M. R. P. francés. Sea como sea, el hombre elegido para ocupar el Quirinal y representar al pueblo italiano es posiblemente el más prestigioso del país: Giuseppe Saragat. Y su calidad de jefe del partido socialista democrático me parece

muy adjetiva en comparación con su propia gigantesca personalidad. La personalidad de Saragat, su significado esencial por encima de la ideología de su propio partido es representar ante todo tres cosas: una sabia moderación, una opción moral por la persona humana dondequiera que ésta se halle amenazada y su vocación, su pasión por la libertad frente a los totalitarismos de derecha o de izquierda. El propio Saragat declaraba recientemente a un periodista de «Il Corriere de la Sera», de Milán, que jamás hubiera tomado parte activa en la política italiana de no haber existido el fascismo y su ataque a la libertad humana, y este amor a la libertad fué también, entre otras cosas, el que le hizo romper con el partido socialista de

Pietro Nenni y formar una sección socialista disidente regida por una filosofía humanista y sin los resabios sentimentales democristianos del socialismo italiano, bastante intransigente y sectario todavía por seguir siendo la víctima de una cierta filosofía romántica y simplista, de un cierto «agustinismo» laico según el cual la maldad absoluta caería de parte de los partidos no socialistas y de las clases no proletarias. Defendiendo la fórmula de centro-izquierda y comentando el triunfo del Presidente Johnson frente a los delirios del senador Goldwater, he oído a Saragat por la televisión italiana dar una interpretación muy profunda de esta opción de nuestro tiempo por las fórmulas políticas de moderación que no significan en absoluto un progreso, pero que escapan a toda tentación mística de un mundo nuevo levantado sobre los cadáveres de los otros. Según Saragat, esta opción política por un centro que marcha —esto es lo que significa o debe significar centro-izquierda— es solamente un producto cultural de nuestro tiempo que por una parte se debe a la reducción y promoción social inmediata de las masas populares en estado menesteroso tanto económico como moral, haciendo posible su participación en el poder político junto a los otros grupos sociales, pero dejando esta promoción social de ese carácter mesiánico y de reivindicación sangrienta que se-

ría añadir injusticia a injusticias y que en último término nada solucionaría, pues la pérdida de la libertad no es más tolerable por venir de un proletario que de un banquero. Por esta su postura, Saragat corre el riesgo de disgustar tanto a la derecha como a la izquierda. Su neto carácter antifascista y anticapitalista le enajena muchas simpatías en el primer grupo y su no menos neto carácter anticomunista y liberal le enajena simpatías en el segundo. Pero para quienes creen —y afortunadamente son hoy muchos millones en el mundo— que justicia y libertad no solamente pueden ir unidas, sino que no pueden darse separadas, el nuevo Presidente de la República italiana adquiere un valor de símbolo. Y el mundo entero creo que quiere esto: no le importan demasiado las ideas políticas, le importan más las opciones morales a favor de la persona humana para salvaguardar su libertad y su justicia. Saragat me parece así el representante de un gran partido no político, sino moral: el de todos los hombres de cualquier condición que en cualquier parte del mundo están junto a los pobres y los oprimidos y por una liberación siempre creciente, sin olvidar que la primera liberación es interior: la liberación del odio, de los prejuicios, de las segregaciones humanas. JOSE JIMENEZ LOZANO

LA CRITICA Y EL ELOGIO

LOS escritores del noventa y ocho vieron agudamente una de las características más acusadas del hombre peninsular. Azorín, Machado y Unamuno, sobre todo, asistieron con desolación al gran fallo del español, carente de un sentido crítico ponderado. «Los pueblos», de Azorín, abundan en primeras piedras, en conmemoraciones estrepitosas y en entusiasmos delirantes, para después dejar que el tiempo y el olvido se enseñoreen de edificaciones comenzadas, de hombres dítirámicamente ensalzados, de gestos extemporáneos y teatrales. No es menor el afán de don Antonio, hombre de sana bondad, que se rebela acremente contra la pedantería, la hipócrita actitud de una sociedad que no quiere pensar, denostando a un pueblo de palurdos mentales. Pero es con don Miguel de Unamuno cuando esta situación adquiere un ritual poético. La soberbia que algunos achacan al gran vasco, quizá sea un pleno convencimiento de su auténtico valer, un no dejar que la hipocresía que se bautiza con el nombre de modestia empañara a su persona. La mediocridad entronizada le subleva, el borreguismo de mandada exalta sus acentos más indignados. Pero, por desgracia, poco ha variado esa situación ya vigente en los tiempos de Larra, otra pluma ilustre, que utilizaba sus artículos inmortales para descubrir la auténtica cara de la podrida sociedad de su época. El valer de estos hombres no se achaca un solo momento, son conscientes de su obra y su talento. Ellos han escrito desola-

doramente páginas y páginas amargas sobre la doble faz de una sociedad que les repugna. Y duele en el fondo ver cómo, sobre todo en los hombres del noventa y ocho, ese mundo soñado, «la España de la rabia y de la idea» que gritara Machado, se resuelve en neblinas interiores. Sólo, tal vez, Unamuno, el eterno luchador, vivirá y morirá aferrado a su arriscada independencia, luchando contra esto y contra aquello, lanzando sus más duros improperios hacia una sociedad que le aplaudía. deber, algo que se considera insólito, se piden para cualquiera medallas honoríficas, prebendas, títulos de nobleza, calles y estatuas. No hay un sentido de mesura y de ponderación. Llevar la corriente contraria, en situaciones así, puede ser algo peligroso. Deficar es motivo simple. A quien deje de participar en histerias de grupo, sobre todo cuando este grupo pertenece a las clases bienpensantes y rectoras, sólo le queda el ancho camino de la amargura y el silencio. Si, por ejemplo, osara levantar su voz, con la

cuando se hace, carece muchísimas veces de la ponderación mínima. Y luego, la inmensa mayoría de quienes practican el arte del botafumeiro, no vacilarían en arrojar la bilis de sus acritud sobre la misma persona a la que aroman con sus elogios, si las circunstancias variaran sensiblemente. La pasión puede ser disculpable muchas veces. Pero no el cálculo, ni el asentamiento cucañista de una sociedad que guarda el esenciero de las formas más repugnantes. Cada cual debe aceptar la honrada crítica; cada cual, desde su esfera, está en el derecho de criticar, sin que esta crítica se entienda «constructivamente», que suele ser una manera de hacer más sofisticado el elogio. Cuando se produce el desmelenamiento demagógico de las expresiones verbales, cuando se rien las gracias de don Fulano o don Mengano, cuando para un desajuste se establecen dos categorías, una de ellas implacable si se produce en cualquier pelagatos, y otra incluso disculpable y laudatoria, cuando lo ha perpetrado alguien de quien cabe esperar algún favor, cuando se hace clasismo de medro y ascensor y se palma la espalda del poderoso, y se rien sus ocurrencias, y se establece un servidumbre interesada en torno a su persona, cuando todo esto sucede, uno no puede creer que el hombre es una debilidad, un consecuencia fatal de su psicología, porque uno piensa en que la sociedad no es el hombre y de la misma manera que el peatón rompió el hábito de circular a pie, para sentarse ante un vehículo, así también cada cual puede exigirse una honrada intelectual, y si ese cualquiere, y si ese cualquier escribe le produce una honda desolación, un vacío interior, asaltándole la sospecha de que quizá sea más productivo y más rentable el unirse a los corifeos que pululan a su alrededor, maldiciendo y acatando, tal como ese Vicente del refrán.

EL CABALLO DE TROYA

La crítica y el elogio en nuestro país carecen de la más elemental teoría. El dichoso refranero tiene acuñadas sentencias demoleedoras, como esa que dice que Vicente va donde va la gente. El café y la tertulia son, a menudo, focos de la maledicencia más mordaz; se vapulean personas, formas de vida, el honor —como sucedía en el tiempo que Larra se angustiaba— es una masa maleable en manos de los chistosos y los agudos. Pero, a la vez quienes practican esta hipocresía están incurriendo en otra más desconocida. Las podridas maneras de criticar se vuelven en incendio de lo más turbio. Por poco menos que cumplir con su

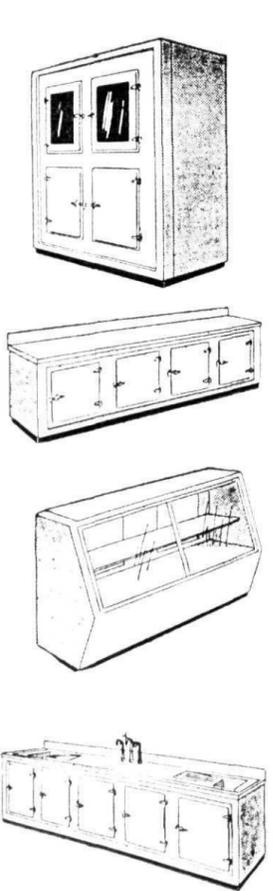
arriesgada petición de que ya está bien de bombo y platillo, de hacer de corifeo gratuito, y humildemente pidiera más mesura, a ese alguien que así objetara se le miraría como a un bicho raro, se convertiría «ipso facto» en sospechoso o resentido y, desde luego, su situación no sería nada cómoda. Uno cree honradamente en que la sociedad no está configurada congénitamente de esta forma. En que no hay vicios orgánicos en la constitución animal del ser que le hagan incapaz de tanta estupidez, de tanta egolatría, de tanta capacidad de hipocresía. Pero nos hemos acostumbrado a ello como a algo natural y lógico. La crítica,

Las máscaras del erotismo

EL sexto Mandamiento ha sido siempre una grave preocupación en nuestro país. Educadores y religiosos han insistido, quizá en demasia, en sus peligros. Hasta el punto de que a la creación de la especie se le ha venido rodeando de una suerte de misterio y reserva, que en el fondo casi hacia atrayente su comprensión. Pero no es este el caso que queremos tratar, sino bosquejar algo que está en el ambiente de las grandes ciudades, una nueva efigie del erotismo y la sensualidad que llegan al joven de hoy por tres vertientes: la literatura, el cine y el ejemplo diario. La sociedad pornográfica, desterrada oficialmente, tampoco es presumible que alcanzara gran boga en el país, en el supuesto de una apertura en este sentido. Hay una evolución considerable, pero esta evolución es más estética que ética, está más en el buen gusto que en la moral. Lo que ya debe hacernos pensar. Allá por los años veintitantos adquirieron popularidad y fama en España un grupo de novelistas, de los que muy pocos iban a pasar a las antologías, sublimadores de plásticas sensuales adobadas con empalagos artísticos de baja estofa. El amor adquiría una matización rustrera, era más instinto que pasión, más suciedad patológica y deforme que expresión libre de un sentimiento. Toda literatura que busque halagar los bajos instintos del hombre, por muy libre que se proclame, es una estafa. Y los quiscos se atiborran de noveluchas de títulos sugeridores, con asquerosos motivos de alcoba, destinadas a desatar los libidinosos sustratos del hombre. Detrás, había un buen negocio. No negaremos a estos novelistas una cierta altura literaria, que muchos de ellos la poseían, aunque si podamos reprochar a todos un avispado sentido comercial y oportunista. El giro que iba a tomar esta candente cuestión no ha tenido historiador en España. Lo sexual, como manifestación pornográfica, quedó desterrado por imperativo oficial, aunque también los nuevos tiempos traían un concepto de lo erótico cuyas sarpilladas eran diferentes, a pesar de que la intensidad de las mismas adquirían un perfil más intelectualizado y quizá más grave. El teatro, el cine y la literatura se enfrentaban con los escollos sensuales desde otros ángulos. Hemos visto representar piezas dramáticas de un oscuro simbolismo. Ya el sexo no se determinaba en el famoso triángulo francés, ni el amor físico se entendía clásicamente. El tercer sexo hacia su irrupción en escena, los complejos freudianos, las inhibiciones anormales, el tedio y la miseria moral eran argumentos frecuentes en el drama. Algo por el estilo sucede en el cine. La película de ideas se ve sustituida por esas otras deleznable producciones, aviladoras de la inquietud física, con oscuridades reveladoras, con esa cara que pretende hacer casi atrayente la homosexualidad. El asexualamiento es moneda corriente; la ambivalencia sexual, turbio manantial que subyace en muchas de las producciones escénicas y cinematográficas. Sería interesante estudiar a

fondo todo ello. El equívoco mundo de la moda internacional, el melencólico desgrefamiento de parte de la juventud, el corte a lo efebo del peinado femenino, la sinuosidad del vestido juvenil masculino, sus propios gestos, el repudio de los «machismos», el estrépito que ocasionan estos o aquellos conjuntos musicales, el pretendido compañerismo de ambos sexos, la traza de los ídolos que entroniza la juventud, todo ello es, al menos en parte, significativo de las nuevas fronteras del erotismo. Una frontera pansexual soñada, de ello no hay duda, desde el exterior. Lo erótico, en sus formas actuales, es un producto semilintelectual, snobista y desde luego burgués. Por tanto, clasista. En las sociedades tenidas como socialistas, la moral sexual es más elevada. No nos referimos a la ética ortodoxa y cristiana, sino al encaramiento realista de los hechos. Algunos observadores, incluidos los más acuciosos críticos del régimen castrista de Cuba, han reconocido que en aquel país la salud moral, especialmente la referente al sexo, es mucho más alta que lo había sido en el pasado inmediato. Las máscaras del erotismo se han tornado en más sutiles, más afiladas y, afortunadamente por ahora, se circunscriben a grupos de las clases más refinadas, de la «high society», y estamentos burgueses de la cumbre. Pero el ejemplo corrompido y desmoralizador que ejercen es un sintoma muy poco tranquilizador. La suciedad y el asco que el visitante de París, Londres, Roma o Madrid perciben no es algo velado y reñido a cenáculos nefandos. Está un poco en la calle, en el rumor que se ensancha, en el ejemplo denigrante, en la baba de un materialismo grosero y a ras de tierra. La corrupción tiene un símbolo: el dinero. Y aquí radica su propagación más fulminante. Ya no se trata de la postulación a secas, con todo lo que de lacra tiene este comercio. Hay algo más repelente, bautizado pomposamente por elegantes literatos como «el tercer sexo». Profundizar en ello es algo que nos repugna, ignorarlo es mucho más grave. Merleau-Ponty, un filósofo francés, escribió recientemente que «el erotismo de profanación está demasiado vinculado a lo que niega para ser una forma de libertad». Y en España otros autores han visto agudamente el problema. La erotización puede corromper, aparte de su miseria física, los más nobles apetitos espirituales del hombre. Si pasamos nuestra vista por algunos de las más reaccionarias revistas del extranjero, aquellas que dicen defender la tradición, que blasonan de anticomunistas y defensoras de la cultura occidental, veremos cómo, en las más hirientes de ellas, se esconde una sublimación erótica. Incluso para zaherir a adversarios políticos se utilizan símbolos tan directos como el relacionar a los mismos con picantes aventuras, utilizando el escándalo y las bellas fotografías femeninas muy ligeras de ropas. Esta táctica parece ser tan válida como otras, menos recusable, en defensa de unos privilegios y unas castas. Aquí, posiblemente, radica el quid de la cuestión. MIGUEL ANGEL PASTOR

refrigeración



CAMARAS FRIGORIFICAS
CLIMA ISOTERMICO
ACONDICIONAMIENTO
SECADEROS

GARANTIA TECNICA DE
FABRICACION Y SERVICIO



GENERAL MOLA, 8.
Teléfonos 26812 y 25421
VALLADOLID

DELEGACIONES EN TODA ESPAÑA

GRANDES INVERSIONES DE LA KRUPP EN ANGOLA

LISBOA.—Según noticias llegadas de Angola, han sido coronadas por el éxito las negociaciones para la financiación con mil doscientos millones de escudos de la Compañía Minera de Lobito, por un grupo de empresas europeas, a cuya cabeza figura la importación más importante de Alemania. Como consecuencia continúan a buena marcha los trabajos para la exploración intensiva de los minerales de Cassinga. Ha sido abierto el concurso para la construcción de un ramal de ferrocarril de 94 kilómetros para el acceso a las minas y está en estudio otra variante que unirá el mismo ramal con la población de Dondo.

V sitad el Museo Nacional de Escultura